

VII La Conversación

Ahora bien, 'el estilo narrativo' corresponde esencialmente a un modo de ser con los otros, a un modo de acoger y ser acogido, no reductible a ninguno de los modos antes mencionados.

Es claro que en la conversación los sujetos no se contraponen, no se enfrentan, como de alguna manera ocurre en el diálogo, y de todos modos, en la discusión. No obstante, como ya habíamos adelantado, este modo de ser con los otros es también una transgresión a la rutina en que dejamos correr la vida. Y en su aparente inocencia, el modo lingüístico más significativo y esencial.

Volvamos a nuestro esquema topológico:

Evidentemente en la rutina del trabajo conversar es una transgresión. Y explícitamente sancionada. También en los trámites laborales representa un elemento distractivo y reprobado por las normas de eficiencia y economía. En todo caso, llega a aceptarse como parte de la rutina y del trámite mismo, en el manejo de las relaciones públicas y en aquellos encuentros de conveniencia que abren contactos y ablandan voluntades.

Por lo que respecta a la calle: el detenerse a conversar en la vía pública, visto en sí mismo, es un acto de des-vío, una transgresión al sentido de 'tránsito' y a la condición de transeúntes que asumimos en él.

Tal condición de homo viator, de transeúnte, termina, sin embargo, cada día en el domicilio. El domicilio representa simbólicamente, como lo hemos venido diciendo, la suspensión de la munda-

14 Sobre esta dialéctica del pasar-quedar ya hemos dicho algo en el Cap. I, 2, del artículo citado.

15 Frédéric Berthet, *Elements de conversations, Communication*, París. 1978.

nidad del mundo, la suspensión de la cotidianidad como rutina y trámite. Y si además este domicilio resulta ser la conversión de los afines, tendría que ser, por lo mismo, el conversatorio, por excelencia.

Un hecho curioso: Hasta el siglo XVIII conversar significaba 'habitar', 'vivir en algún lugar'.¹⁶

Establecido su lugar más propio, examinemos ahora algo tan importante como su principio rector. Ya nos hemos referido al principio rector del diálogo: la reposición de la verdad o de la eficacia práctica; o al de la discusión: el triunfo sobre el argumento ajeno. Nos queda hablar, entonces, acerca del principio que rige a la conversación, si es que tiene alguno.

Sin embargo, antes de referirnos a esto, quisiéramos decir algunas pocas palabras sobre un principio genérico que, como tal, está en la base no sólo de los actos lingüísticos de intercambio, sino de cualquier proposición asertiva.

Vamos a llamarlo 'principio de mostración' y significa simplemente esto: se habla para mostrar algo que, supuestamente, no está percibiendo el actual destinatario de nuestro discurso, y es interesante o vital que lo perciba. Por eso y sólo por eso hablamos: para guiar al receptor a algo actualmente invisible, que no se le muestra.

En el intercambio verbal, en el discurso de ida y vuelta, tal principio general podrá estar reforzado o no por el principio particular que mueve a cada 'estilo' de intercambio: en el intercambio informativo, por ejemplo, quedará limitado, esquematizado, regido como está por el principio de la eficacia y de la economía; en el diálogo, en cambio, quedará reforzado, justamente por el principio de mutua mostración que lo anima; distorsionado, en la discusión, por ese principio suyo de competencia.

Y bien, ¿qué pasa con la conversación?

¿Cuál es el principio particular que la rige, además de aquel otro, general, de mostración?

No deberíamos hacernos en este momento muchos problemas: a la conversación la rige sin contrapeso un principio hedonístico: simplemente el placer de conversar. Representa una de aquellas acciones que se cumplen, como diría Aristóteles, por amor de ellas mismas, y no por otra cosa: ni para superar adversidades ni para superar algún adversario. La conversación surge por el placer de ella misma, y a falta de este placer, se disuelve.

Ahora nuestro problema consiste en determinar qué es lo que alimenta dicho placer; qué es lo que hay en la conversación de humanamente placentero. He aquí el quid.

Desechemos de inmediato la idea de que tal placer provenga de un puro gusto narcisista de hacerse oír. Hacerse escuchar, escucharse a sí mismo y entusiasmarse por lo hermoso y oportuno de lo que decimos, produce ciertamente placer. Puede ocurrir que algún pro-

16 Sobre esto, un mayor desarrollo en mi libro, en prensa, *A la búsqueda del tiempo común*.

fesor en su cátedra se deleite alineando con fruición sinónimos y palabras afines para exhibir su dominio en el tema o las sutilezas de sus distinciones. O con placeres semejantes, el orador y el charlista. Pero está muy lejos de ser éste el placer propio del contertulio.

Tal placer no deriva, nos parece, de algo tan sensual o 'subjetivo' como el de los casos supuestos. Deriva, en verdad, de una cosa más simple y más profunda a la vez. A ver si podemos expresarla:

Conversar es acoger. Un modo de la hospitalidad humana. Y para la cual deben crearse las condiciones domiciliarias tanto de un 'tiempo libre' (disponible) como de un espacio 'aquietado, al margen del trajín'.

Como la plaza lo es espacialmente, la conversación representa un tiempo lúdico-contemplativo en el que las subjetividades exponen sus respectivas experiencias, acogiendo y siendo acogidas en un espectáculo que allí mismo se hace y se deshace graciosamente; representa un tiempo absolutamente cualitativo, un tiempo que no transcurre, o que 'ha transcurrido' sólo cuando nos salimos de la magia de su Presente. Alguien ha dicho 'La conversación no pide, o más bien, no intenta sino durar al infinito'.¹⁷

Para que este placer sea pleno, la conversación ha renunciado desde siempre a las exigencias y propósitos del diálogo. En contraste con la estricta delimitación de éste, en contraste con su avanzar sistemático y coherente, la conversación es esencialmente abierta. No se programa. (¿No sería eso matarla?) Ni se le asignan puntos de partida o de llegada. Surge en cualquier momento; y se hace a la mar, sin destinación, serenamente a la deriva, sin más guía que una libre asociación de ideas y motivos. Así, sin cartas marinas ni principios de navegación, se deja conducir a cualquier parte. Y durante este tiempo abierto por el anudar asociativo, los contertulios, a su arbitrio, entran al círculo mágico y salen de él, sin orden de mociones ni exigencias de índole alguna. Por lo que allí cualquier ocurrencia va a dar al fogón común: un chiste, una anécdota, una observación.

Gratuita en su origen, inconcluyente en su término, la conversación es, como la calle, el paradigma de lo abierto, de lo imprevisible.

Alguien fruncirá el ceño: placentera, abierta, descomprometida de 'la Verdad', y más encima, inconducente, por naturaleza, ¿no es esta conversación un entretenimiento bastante subjetivo y arbitrario, por lo demás? ¿Algo insignificante que no cuadra con la nobleza y seriedad de la filosofía?

Para mostrar lo contrario remitimos al *Fedro* de Platón, que más que una apología del diálogo es esa obra una apología de la conversación. Notemos, en primer lugar, que el estado de subjetivismo que tiñe a la charla no significa, por ejemplo, como en el caso de la discusión, un propósito ciego, irracional, de imponer nuestras propias perspectivas. Nada de eso. Aquí la subjetividad se asocia a otras en un quehacer esencialmente mágico, incalificable en el orden

17 Daniel Sibony, *Conversa-t-il? Communication*, 1978, París.

de 'lo conducente' o lo 'no conducente'.¹⁸ Se asocia en la obra de volver pura cualidad de ser a lo real, a través de la palabra re-presentativa. Obra de rescate contra las demoliciones de un tiempo lineal y heracliteano.

Sin embargo, algo esencial ocurre en este juego de rescate, algo que trasciende en mucho el plano de lo placentero.

Nos referimos a esto: hay una experiencia de vida —apreciaciones, impresiones, sentimientos apenas formulados, juicios a medio pensar, etc.—; experiencia acumulada en el tiempo lineal del trámite, arrinconada y fragmentada, por el engranaje diario de lo 'que hay que hacer'. Pues bien, es a esta experiencia de vida a lo que más propia y principalmente podría llamarse 'vida interior': al denso silencio de lo no formulado.

Sin embargo, una vida interior necesita ex-presarse,¹⁹ necesita ser rescatada permanentemente de su interioridad, a fin de que pueda vivir como interioridad humana, racional. Es un hecho que el arte y la literatura, que la filosofía la rescatan; pero también, vital y cotidianamente, lo hace la conversación. En ella, al exhibir y proponer ante otros su propia experiencia de vida, sus apreciaciones, sus juicios marginales, etc., cada narrador objetiva esa interioridad mediatizada día a día por la herramienta, o mantenida a raya por las diversas formas de evasión cotidiana. En cierto sentido, se hace más objetivo ante sí mismo. Se acoge a sí: esa es la palabra.

De tal manera que en la conversación, el narrador no sólo rescata, como en la historia, lo otro que es digno de ser salvado de la irreversibilidad del tiempo; su rescate es un acto de restauración (re identificación) de sí mismo. Un acto liberador.

No se trata, entonces, de un hecho entre otros hechos o de una inauténtica libertad de decir cualquier cosa, cercana a la arbitrariedad pura.

Por ser búsqueda de mi tiempo perdido en la linealidad de la rutina, corresponde a un hecho radical, a uno de los actos más humanos de la 'racionalidad del hombre': incluso, más humano que el diálogo. O tan humano como aquel diálogo sublime del alma consigo misma, de que habla Platón. Fundamento, por lo demás, de la experiencia común, sin la cual un alma no podría llegar a dialogar consigo misma.

Anuncia, por último, la condición previa a cualquier acto de libertad efectiva; una cierta disposición de ánimo: la disponibilidad de sí.

Sobre este sentido de la libertad, hablaremos en otra ocasión, aunque ya hemos venido preparando cierta atmósfera para el tema, a propósito del domicilio y del domingo, lugar y tiempo simbólicos de la disponibilidad para sí. Entre este 'para sí' y el 'de sí' hemos de enfrentar en otra ocasión el enigma de la libertad.

18 'La conversación es irregistrable', R. Barthes, *La Conversation*, 1980.

19 Un aspecto de la libertad es la expresión: la represión (por causas internas o externas), su negación.